Un curso de milagros

ENRIQUE OLMOS

Un curso de milagros

Pieza teatral

Y aquí voy yo con ellos.
Aquí voy yo también, yo, el hombre de la tralla,
el de los ojos sucios... el blasfemo.
Si.
Ahora ya sin hogar y sin reino
sin canción y sin salmo,
sin llaves y sin templo...
yo la llevo, yo llevo hoy la carroza,
yo la llevo.
León Felipe. El Gran Blasfemo.

Los personajes de esta obra existen.

UNO

—¿Tu hijo?

—Vive con su bisabuela.

—¿Con tu abuela la del rancho?

—Ella misma.

—El hijo es tuyo, no de ella.

—Alguien tenía que cuidarlo.

—Tiene ochenta años, apenas puede con su casa llena de ratones.

—Es sólo por un tiempo mientras consigo chamba.

—¿Cuántos años tiene ahora?

—Cinco años ¿Y el tuyo?

—Nueve o diez.

—¿Hace cuánto que lo dejaste de ver?

—Hace cuatro años de pensión alimenticia que no lo veo.

—¿Su mamá no te dice nada?

—Ella no; a veces vienen unos amigos suyos a darme recados de su parte.

—¿Y que dicen?

—Que quieren llevarme de regreso.

—Al bote.

—Ahí mismo.

—¿Volverás?

—No sé. Uno nunca sabe. ¿Quieres un café?

—Pensé que ya te habías reformado. Me dijeron que tenías trabajo y todo.

—Trabajé casi un mes.

—Y luego...

—Me acusaron de robo.

—Tienes bien ganada la fama. Yo me preparo el café.

—Mejor. Ya pasó mi época servicial. No me gusta hacer cosas por la gente. Ahora estoy para descansar.

—¿En que trabajabas?

—En un súper.

—¿Robaste algo o es la fama del muchacho nada más?

—Nada importante. Bueno, el café salió de ahí y también unos cigarros y un poco de fruta en lata y nada importante, no robé nada que no puedan pagar esos hijos de puta... una chamarra, embutidos, jugos, jabón, tequila, nada muy valioso.

—Una pequeña despensa.

—Así es. Canasta básica.

—¿Piensas seguir trabajando?

—Por lo pronto voy a disfrutar el mes que tengo de despensa gratis, luego veremos...

—¿Puedo abrir una lata de duraznos en almíbar?

—La fruta la estoy dejando para la tercera semana del mes...

—Ándale.

—Me quedo un día sin comer.

—Para festejar.

—¿Para festejar?

—Para festejar que nos volvemos a ver.

—Te vi la semana pasada.

—¿La semana pasada?

—Te vi en la tele.

—¿Sí?

—Te entrevistaron en el metro ¿no?

—Sí. Estaba cantando, ganándome el pan de cada día y aparecieron unas cámaras. Cosas que pasan.

—Ganándote las líneas de cada día, mejor dicho.

—Bueno, ganando monedas para lo que sea, y luego salió la reportera, un micrófono, luces. ¿Oíste toda la entrevista?

—No, le cambié cuando culpabas a tu abuela de haberte quitado el niño y pedías la pronta intervención del presidente de la república.

—Bueno, fue todo más o menos así. Trate de contar una triste historia. Decir algo que me dejara bien parada ante la sociedad, algo sobre la maternidad, creo que ayudaron las lágrimas, creo.

—¿Cómo se llama el programa de la tele? El programa de la entrevista.

—"Las mujeres que trabajan".

—Bonito título, debería llamarse las mujeres que trabajan con su cola para ganar un poco de coca.

—Sí, pues parece que ya soy famosa.

—Entre todas las mujeres que trabajan con su cola para ganar un poco de coca siempre has sido famosa, por lo menos en esta colonia, por lo menos.

—Pues hoy, en el metro, una señora me reconoció, se acercó y me regaló este libro.

—Sí, sí, lo que sea.

—¿Vas a ir a la fiesta de Juan Carlos?

—Creo que sí, voy a buscar un disfraz que valga la pena.

—Ya tengo el mío. Es de una sola pieza.

—Bien, ¿Ya te acabaste tu café, tengo cosas que hacer?

DOS

—¿Te acabas de llenar de polvo, verdad? No coordinas ni los primeros pasos. Mejor siéntate.

—Muy amable. El suelo siempre es un buen lugar para descansar. ¿Te queda algo de tequila?

—No, ya no hay. Te vi en la fiesta de Juan Carlos.

—Mi éxito fue absoluto. ¿Algo de fruta en lata, algo que puedas invitarme?

—No tengo nada que ofrecerte, se acabó todo, lástima. Con tu disfraz no era difícil reconocerte.

—Una pantaleta nada más, el mejor disfraz de la noche. ¿Tú quién eras?

—Un oso de peluche con la verga erecta.

—Ah claro. Todo mundo quería jalártela.

—Lástima, era de tela.

—Ojalá la tuvieras de ese tamaño.

—Cuando vivías aquí nunca te quejaste.

—Qué bueno que tocas el tema. Quiero pedirte un favor...

—¿Qué favor?

—¿Puedo vivir contigo? Unos días nada más, yo también voy a conseguir trabajo.

—¿Y la cantada en el metro?

—Necesito estar en el sindicato.

—¿Qué sindicato?

—De invidentes, tarados, mancos y otros ojetes que cantan y trafican mierda en el metro. Ese.

—¿Qué piensas hacer?

—Pedirte un favor. Necesito vivir aquí un tiempo.

—Es evidente que cuando entras con tres maletas a mi casa, hasta la madre de polvo, es evidente que lo que quieres es regresar aquí... crees que soy pendejo o lo preguntas por cortesía.

—Por cortesía, claro.

—¿Desde cuándo tan educada?

—Estoy leyendo un libro.

—¿Y?

—Es un libro con montones de páginas y letras y lo estoy leyendo para hacerme más educada y conseguir algo. Necesito abrir la mente, pensar un poco. La sociedad busca gente preparada, gente culta, eso dicen.

—¿Y?

—Quiero encontrar algo como tú, algo como un empleo en el súper y luego tener un mes de despensa gratis.

—¿Algo así?

—Algo así o mejor.

—¿Cómo se llama el libro?

—Un curso de milagros.

—¿Qué clase de pendejada es eso?

—Es un curso para hacer milagros.

—Qué clase de milagros...

—Ya sabes, de los milagros que hace Dios y lo demás, milagros para curar la sordera, la impotencia, la falta de dinero, los barros. Esos milagros.

—Tonterías, para eso hay pastillas. Sólo estás perdiendo el tiempo.

—Eso dices ahora, cuando me veas haciendo milagros de aquí para allá. Cuando sea muy importante. Cuando sea famosa y tenga mucho dinero...

—¿Cuánto llevas leído?

—Voy a terminar el prólogo.

—Eso es... en páginas.

—Casi tres.

—Ni siquiera sabes de que se trata el famoso curso de no sé qué.

—Si sé. Curso-de-milagros: poner la fe en acción, así empieza.

—No has comenzado, el prólogo no cuenta como contenido del libro.

—Está en el índice.

—Bueno...

¿Cuánto me vas a pagar por vivir aquí?

—Te voy a pagar con lo que más te gusta: Una chupadita todas las mañanas, una chupada entre comidas y una chupadita antes de dormir.

—¿Cuánto-dinero-vas-a-pagar por vivir aquí?

TRES

—Buen día.

—Hola.

—¿Hay café?

—Se acabó hace una semana.

—Deberías trabajar otra vez en un súper.

—Deberías pagarme un poco de renta.

—Estoy pagando ¿no?

—Necesito dinero, no baba en el pito.

—Eso quiere decir que ya no quieres las chupadas en la noche.

—Eso quiere decir que necesitamos dinero. Y por favor no me distraigas, estoy tratando de componer esta calculadora.

—¿Para qué?

—Para sumar, para hacer cuentas, para dividir, restar, hacer cosas con los números. En el súper aprendí que siempre es

necesario tener una calculadora, fundamental. Muy práctica.

—¿Le falta pila?

—Tal vez.

—Puedes ponerla en el sol, dicen que así se recarga, es como si le compraras pilas nuevas.

—Ya lo intenté y no funcionó. Mejor te pones a trabajar y sacas algo de dinero, aunque sea unas pilas para la calculadora.

—Estoy trabajando para pagar la renta ¿no? Luego nos damos lujos, primero lo primero.

—¿Sí? ¿Estás cobrando? Antes lo hacías por diversión, por ocio o lo que sea.

—Voy a empezar a cobrar.

—Mi casa no es hotel.

—Ni siquiera es casa.

—Mi departamento no es hotel.

—Ni siquiera es tuyo.

—Yo doy la cara ante el casero.

—Ya lo sé. No voy a cobrar por putear, tonto, eso es inmoral, voy a cobrar por hacer milagros.

—¿Qué?

—Con mi libro, voy a poner en práctica lo que sé, lo que he aprendido en todos estos años. Llegó la hora de trabajar con la mente.

—Muy bien, por lo menos trabajas rápido con el cuerpo, ¿Quiénes serán tus clientes, los mismos a los que les lames el coño?

—No sé, los taxistas creo, y los policías, y los que venden la mercancía, yo creo que serán buenos clientes. Necesitan milagros.

—En la fiesta de Juan Carlos conocí mucha gente que le interesa hacer milagros. Todos estamos buscando una manera de conectar nuestra energía con la energía del universo.

—A cualquiera con la nariz llena de polvo le interesan los milagros.

—Es gente que busca un camino espiritual.

—Deberías regresar a trabajar en el metro. Te hace daño leer tanta porquería. Deberías ponerte unos lentes oscuros y cantar otra vez, puedes esconder tus brazos y pedir dinero con los pies o pasar unos caramelitos con un papelito que diga: "Soy una puta que no gana nada en la calle, ¿acepta una chupada?"

—Prefiero seguir con el asunto del milagro y lo demás. Eso me acerca más a Dios.

—A Dios y al dinero. Aunque yo pienso que hace falta, de estación en estación una buena mordida en el pito, pero como tú quieras.

CUATRO

—Necesito un préstamo.

—Necesito que pagues tu parte de la renta. Después de dos meses de vivir aquí… Estoy pensando en rentar el cuarto que queda libre, no estás pagando ni un peso.

—Voy a comprar incienso, un poco de papel de colores, quizá una imagen de Alá o Buda, o como se llame. Es para invertir, tú sabes.

—Alá es Dios y no tiene imágenes.

—Bueno una imagen de quien sea, algo que parezca como un santo, algo que parezca que lo robé de una iglesia. Algo misterioso.

—¿Un Cristo?

—No, nada de Cristo, nadie cree en él ahora, nada de Virgen de no sé qué, de Jesús el resucitado, el redentor, nada de eso, algo nuevo, algo que no se haya dicho. Esos santos ya no hacen milagros. Necesito una idea nueva, eso dice el libro.

—¿Para qué?

—Para poner el santuario en la recámara que queda libre, estoy pensando en poner una cortina en la ventana, oscurecer un poco, acomodar el sillón. Voy a poner incienso alrededor, luego tiro una manta por ahí, y pongo música como de gente llorando, ya sabes.

—Cantos sacros.

—Sí, algo así, que parezca muy exótico, unas sillitas por aquí, en círculo, y un letrero abajo, en la calle: "Cursos para hacer milagros. Informes en 3A".

—No puedes hacer tus cursos aquí. Puedes vomitar de borracha aquí, puedes limpiarte el culo con la lengua si quieres, puedes acomodar todas tus líneas, toda tu carretera de polvo en el excusado, incluso puedes quedarte un mes sin hacer nada, sin mover un solo vello, pero no quiero que hagas tus porquerías de milagros en mi casa.

—Vamos a ganar dinero, no te preocupes, todo el secreto está aquí, en estas hojitas.

—¿Ya terminaste de leer el libro?

—No es necesario, con lo que llevo es suficiente, yo capto las cosas a la primera, no hace falta leer tanta cosa, lo más importante está en las primeras páginas siempre.

CINCO

—¿Puedes levantar los pies?

—Que muevas una escoba simulando que barres no significa que la renta la pago yo solo. Voy a rentar el cuarto que queda libre. Necesito que saques toda la porquería que hay adentro.

—Estoy tratando de limpiar.

—¿Sigues con ese juego?

—No es un juego, es una sesión espiritual, milagrosa, un acto de fe.

—Eso le dices a los pobres pendejos que se acercan, ¿eso les dices? Eso es tan barato, tan de mal gusto que no lo dicen ni en el misa. ¿Y qué milagros has hecho últimamente?

—No entiendes nada.

—¿Has curado algún enfermo, se le paró el pito a un anciano, le diste la vista a un ciego, sanaste un eyaculador precoz?

—Nuestros milagros no son así, no se trata de hacer milagros para la gente.

—Para los animales, entonces.

—Se trata de hacer milagros internos, milagros para el espíritu, esos son los verdaderos milagros, los que valen la pena, de eso de trata este curso.

—Ah. Un milagro para tus infecciones vaginales, por ejemplo, un milagro interno ¿No?

—Algo así.

—¿Y para eso necesitas cinco idiotas gimiendo tres horas en la casa? Una sesión que se convierte en orgía. Bonita cosa del espíritu.

—Es un grupo espiritual. Hombres y mujeres que necesitan ayuda.

—Ah. Todos te ayudan a infectarte la vagina, ya entendí, ya entendí, muy bien, sigue limpiando, no te preocupes. Que todos vean que puedes tener la vagina llena de gérmenes pero el suelo está impecable, sin mancha.

SEIS

—Te trajeron este recado.

—¿Quién?

—No sé, lo dejaron abajo, creo que alguien como un primo tuyo, algo que tiene que ver con tus genes. No sé.

—Qué bonito sobre. Seguro fue mi primo el que trabaja en el gobierno ¿Venía de traje?

—Sí.

—Dice: Estimada señora... presentarse... debido al... por este medio... el mes pasado. Esperamos su... En atención al

caso citado... por consiguiente las partes, a través de... Atentamente.

—¿Y?

—Me quieren quitar al niño.

—Qué bien. Felicidades. Lástima que se acabó el café para brindar.

—Es mi hijo.

—¿Ahora será hijo de tu abuela?

—Dice que vieron la entrevista en la tele y luego buscaron un abogado y no sé que más, la cosa es que el niño ahora será de ellos. Cosas de tribunales y eso.

—El precio de la fama.

—Tengo que ir a un juzgado o algo así. A una entrevista psicológica.

—No vayas.

—¿Por qué?

—Porque no tienes ropa decente, además esa gente sólo quiere ponerte en ridículo con el niño. Quieren decirle: ésta es tu madre, esta que no sabe ni pintarse la boca como una mujer decente, esta que no usa calzones para no lavarlos, esta señora hija de la chingada es tu mamá y debes renegar de ella ahora, ahora que puedes, luego se convertirá en un lastre para ti, querrá que le pagues la

rehabilitación. Tú puedes estudiar una carrera... ¿Cómo se llama tu hijo?

—Jonhatan.

—Bueno, Jonhatan, bonito nombre eh. Jonhatan puedes estudiar una carrera, debes renegar de esta persona, de esta malvenida que dice es tu mamá y quedarte con tu bisabuela y demás parientes, estudia algo, trabaja en el gobierno, hazte gente de bien, cómprate un coche.

—¿Eso dicen?

—Sí, eso me trataron de hacer a mí. Y yo le dije a mi ex: Rosario, ¿quieres esta porquería de niño, quieres escuchar sus historias, cuidarlo en la salud, la enfermedad, ir a su escuela para ver sus festivales de primavera, comprar regalos en Navidad que no le gusten, eso quieres?

—Porque yo no, yo estoy bien así, y prometí una pensión alimenticia muy alta.

—¿Sí?

—Puedes hacer lo mismo, es fácil.

—Pero yo quiero al niño.

—No tienes dinero, no tienes ropa limpia, te hace falta mucha experiencia con los niños.

—Mira, debes ver por el futuro de Johnnie, debes pensar que Johnnie es feliz en el campo con un montón de vacas y con su abuela, cuidándolo, como debe ser.

—Su bisabuela.

—Es igual. No debes ser tan egoísta.

—Yo sólo estaba esperando una oportunidad, un poco de... ¿Cómo se dice?

—¿Estabilidad, solvencia, inteligencia, un golpe de suerte?

—Sí, estabilidad para tenerlo conmigo.

SIETE

—¡Mi libro!

—¿Cuál?

—El de los milagros, el curso de milagros. ¿Dónde está mi libro?

—No sé.

—Ayer antes de irme a dormir lo vi aquí.

—No sé de que me hablas.

—Estoy hablando de mi libro, regrésamelo.

—Yo no sé nada de ningún pinche libro de magia o de lo que sea.

—Me regresas mi libro o te corto el pito y se lo vendo al señor de los hot dogs para que lo venda en cuatro pesos con cincuenta centavos.

—¿Y quien va a ir a comérselo, tú?

—Yo lo he probado muchas veces, no necesito pagar... Mi libro.

—No lo tengo yo. Que tal que el niño se lo llevo para dibujar encima de las letras. ¿Ni siquiera lo has terminado de leer?

—No, todavía no. El proceso es lento, es una lección de vida cada día, se necesita un año para leerlo completo.

—Es un buen método de lectura, lea un libro al año, una página cada día. No puedo creer que alguien haya escrito tanta estupidez.

—El libro lo escribió un santo. Además estoy pagando renta, estoy pagando luz. Te limpio el prepucio con la boca y ahora quieres quedarte con mi libro.

—Yo no necesito un libro de magia para pendejos. Y hace mucho que no limpias nada con tu lengua, pareces poseída por el curso ése de magia chafa, para puros pinches nacos.

—Pues esos nacos nos alimentan.

—¿Esos nacos te dijeron también que te trajeras al niño?

—No, eso lo descubrí yo.

—Te van a encontrar, un día va a venir el DIF y se va a llevar al niño de regreso al campo, con las vacas, con la anciana, lejos de ti.

—Es mi hijo, yo puedo estar con él si quiero. Es una ley natural, el hijo y la madre.

—Además te van a acusar de robo. No debiste llevártelo así. Hubieras dicho vengo por el niño para llevarlo al parque, para comprarle un helado y te lo llevas así, sin cometer un delito grave.

—No cometí un delito grave.

—Entrar en la casa de una vieja de ochenta años, a media noche es un delito grave. Ah. Y robarte un niño que no está a tu cuidado. Eso también.

—¿Cómo fue que no se dio cuenta tu abuela de que estabas en su casa? La adormeciste con algo o qué.

—No, la vieja se quita el aparato para el oído en la noche. Se puede estar acabando el mundo y sigue rezando el rosario, no oye nada.

—Bueno, yo creo que ya te llevó la chingada.

—Pero todos los hijos deben estar con su madre. Así funciona en la naturaleza.

—Eso no dijeron en el juzgado ¿o sí?

—No. Sólo me pidieron solvencia económica, me dijeron que el niño debe comer, calzar, vestir y vivir en una vivienda digna. Eso dijeron. No es mucho.

—Digna. ¿Esta vivienda es digna? Yo creo que no mucho.

—El niño no se da cuenta.

—El niño no, tal vez no, pero cuando vengan los del DIF y te pregunten: ¿Su profesión señora?

—Les digo que soy curandera.

—Primero que nada curandera no es una profesión, deberías decir, mi oficio es... Curandera de cuerpos, curandera de cuerpos en conjunto, colectivamente, orgías múltiples en nombre del milagro del semen. Algo así sería más cercano a la verdad.

—Eso no se los tengo que decir. Estoy buscando mi libro, por favor.

—¿Y dónde va a dormir el niño eh, va a dormir en el suelo como ayer? Yo creo que a los del DIF no les gustará mucho eso ¿No?

—Sólo hay una recámara libre y es donde haces todas tus pendejadas milagrosas.

—Conmigo. Puede dormir conmigo.

—¿Y yo?

—No sé, los tres.

—Imposible. ¿Y la escuela?

—No sé, no sé, primero necesito mi libro y luego me pongo a pensar en el niño.

—Ya no puedes pensar. El libro de magia te dice todo lo que tienes que hacer ¿verdad?

—No es magia.

—¿Entonces?

—Es fe.

—¿Y qué cosa es la fe?

—Es con lo que se hacen los milagros, algo como un espíritu, algo que no se puede explicar. La fe es la cosa que uno tiene adentro para hacer lo que cree que es importante.

—Como traer a un niño indefenso a un congal místico.

—Es un lugar espiritual. Eso es, aunque a veces se hagan cosas que la mayoría de la sociedad no conoce como espirituales. Así dice el libro, así.

—Eso del espíritu ni siquiera es magia, es pura estupidez para ganar dinero a costa de pendejos. Mínimo lo hubieras disfrazado como una sesión de masaje.

—Como quieres que sepa que es la fe y el espíritu si no me regresas el libro, ahí dice lo que es la fe y todo lo demás.

—No tienes idea de lo que dices, necesitas el libro para poder abrir la boca. No puedo creer que haya gente que piensa que es verdad la tontería de los milagros en la cama.

—Ya te dije, el libro no es para hacer milagros de verdad, es para hacer cosas internas. Cosas que parecen imposibles. Cosas como el amor.

—¿Cosas imposibles? Como que cerrarás las piernas algún día. El amor se lo inventó algún ocioso.

—Ahora soy una guía espiritual. ¿Dónde está mi libro?

—Guía espiritual, por eso te compraste esa ropa, pareces testigo de Jehová, mejor, guía de pitos, cómo llegar a la vagina más infectada de la cuadra.

—Es la ropa de trabajo, cualquier mujer decente con algo de espiritualidad se viste así.

—Y no necesito tus observaciones, lo que necesito es mi libro, ¿Seguro que no lo viste?

—Quizá alguno de tus clientes se llevó el pinche libro y ahora me estás echando la culpa. Yo estoy muy ocupado.

—¿Qué haces?

—Leyendo un libro.

—¿Qué libro?

—Creo que se llama: Un curso de milagros.

—Ahí está.

—Casi.

—Déjame ver. Sólo son hojas, y el libro, ¿y mí libro?...

—Creo que se rompió y alcancé apenas a recuperar estas hojas. Querían viajar por el caño. Se tiraron un clavado al excusado.

—¿Qué? Lo rompiste, hijo de la chingada.

—Te va a escuchar Johnnie, no grites así. Por lo que veo te hice un favor, esto no es más que pura porquería.

—Porquería que pagó dos meses de renta y luz y la comida que tienes en el ano.

—Porque no vienes y te relajas y empezamos otra vez, no necesitamos que vengan camioneros y taxistas por su milagrito, mejor empezamos otra vez, antes te gustaba estar conmigo. Tampoco necesitamos que venga tu hijo, tu abuela es una madre con experiencia, lleva tres generaciones, ahí está mejor. Escúchame. Piensa en Jonhy, piensa en la gente del DIF, te lo van a quitar. Oye, no te preocupes por el libro. Podemos meter la mano en el excusado y atrapar algunas hojas, luego las pegamos, luego hacemos el librito otra vez, yo puedo pedir trabajo en una gasolinería, cantamos juntos en el metro si quieres.

—Imbécil.

OCHO

—Lo más importante es el niño, por su puesto, el niño lo más importante. Claro que sí abue. No te preocupes... Qué bueno que ya quitaste la demanda con los abogados, qué bueno. Así es mejor, que las cosas pasen así... Pues llevamos algo de ropa y cosas de niños, ya sabes. Sí abuela, en tu casa nos acomodaremos, no te preocupes. Tu casa es perfecta para nosotros. ¿Todavía tienes las vacas? Ah. Hasta podríamos aprender a ordeñarlas... ¿Johnnie? Está muy bien, perfecto, pregunta mucho por ti. Ya nos veremos por allá, creció un poco, ya lo verás. Sí, gracias por todo, también nos llegó el dinero para los boletos del viaje... Ya me voy porque se me está terminando el crédito en la tarjeta... Bueno... Te dije que voy con mi novio ¿verdad? ¿No hay problema? Él es un tipo muy culto, te va a gustar, le gusta componer cosas, sabe mucho... ¿El camión? Sale en dos horas, ya vamos para allá, tenemos boletos y todo.

—Ya me voy abuela. Allá nos vemos. Sí, gracias.

Y decimos fin para que la gente aplauda y los actores hagan caravanas.

Derechos reservados del texto a nombre de Enrique Olmos.

©Los derechos de esta obra se encuentran registrados ante la Sociedad General de Autores Españoles (número de socio 110068), a quien se debe solicitar autorización para su montaje, puesta en escena, lectura pública, edición y/o traducción; además del autor quien puede fungir como intermediario a través del correo: **info@enriqueolmos.com**

LA OMISIÓN A ESTA CLÁUSULA CONSTITUYE UN DELITO